

EN GÓNDOLA



Padre Jerónimo salía cada mañana, cargado de la dicha de Dios. Iba a visitar a la gente de las islas vecinas, que necesitaban comida, ropa,... y unas buenas palabras de consuelo.

La obra de las “Conferencias de S. Vicente”, ni más ni menos: ¡sólo, tres siglos antes!

Regresaba al atardecer, cuando se ponía el sol: ¡qué charlas alegres, qué risas serenas en la góndola!
Era el precio que Dios le reembolsaba por su caridad.

Venecia, a aquella hora, verla desde el mar, parecía una gran flota anclada y recogida en un mar de fuego. El cielo era un cristal de amatista bordado con hilo de oro y se reflejaba en la laguna como otro cielo sepultado bajo las ondas que cabalgaban al soplo de la brisa y susurraban al pasar las góndolas ligeras y fugaces por el sonido nostálgico de las canciones.

Aquellos muchachos perdidos en la laguna, que había recogido, admiraban quizá por primera vez aquel espectáculo, ahora alrededor, ahora en los ojos grandes y serenos de su conductor. Y cantaban y reían felices, olvidando haber vividos desgracias.

Y, sin pensarlo, cuando querían decirle algo, lo cogían de la mano y le decían: Escucha ¡papá!

